

Hablando de identidades, narrativas y nuevas historias. Reseña de Stefan Berger, *History and Identity. How Historical Theory Shapes Historical Practice*. Cambridge: Cambridge University Press, 2022, 492 págs.

En el ensayo *La identidad cultural no existe*, el filósofo francés François Jullien explica por qué razón el tradicional procedimiento de evaluar las culturas en términos de identidad *versus* diferencia no solo puede resultar peligroso desde el punto de vista político, sino también cuestionable desde una perspectiva intelectual o filosófica. Diferencia e identidad son en realidad dos caras de la misma moneda: “La diferencia (...) depende doblemente de la identidad (...). Por un lado, en su punto de partida supone un género común, de identidad compartida, dentro del cual marca una especificación; por otro, en su punto de llegada, su objetivo y su destino, la diferencia conduce a determinar una identidad, fijando la esencia y su definición. Por eso la diferencia es (...) identificadora”, explica Jullien.¹ Más allá de la receta específica de este autor –“recursos” en lugar de identidades culturales–, este ensayo indica hasta qué punto el problema de qué papel juega lo identitario en las humanidades se ha convertido hoy en uno de los temas candentes del debate intelectual.

La obra que traemos para comentario, *History and Identity. How Historical Theory Shapes Historical Practice*, del profesor de la Ruhr-Universität de Bochum (República Federal Alemana), Stefan Berger, tiene la particularidad de constatar sin ambages esta aseveración en el ámbito de la escritura de la historia. Berger es un veterano especialista en historia obrera, historiografía y teoría de la historia no suficientemente conocido entre los historiadores españoles, cuya extensa bibliografía en estos dos terrenos se caracteriza por el estudio de los vínculos existentes entre la escritura de la historia y las identidades.²

El autor aclara que el libro “puede leerse como una introducción a las nuevas historias” (p. 28). Estamos en este sentido ante un volumen muy oportuno en un ámbito en el que la historiografía está en permanente transformación y las síntesis publicadas necesitan ser completadas de continuo. Porque no resulta nada fácil delimitar qué son las llamadas “nuevas historias”. El propio adjetivo “nueva” lleva consigo un punto de jactancia nunca colmado en lo que a la política de la historiografía se refiere. Varias corrientes desde comienzos del siglo XX lo han abanderado, y llegada la década de 1980, el término “nouvelle histoire”, que se atribuyeron a sí mismos ciertos historiadores franceses, fue cuestionado por otros, quienes lo tacharon de acaparador, “mediático” y pretencioso.³ Pero lo más importante es que los cambios en las formas de investigar y escribir historia en los últimos decenios –de la década

¹ François Jullien, *La identidad cultural no existe* (Barcelona: Taurus, 2017), 51.

² El lector puede hallar esa bibliografía en las pp. 403-405 de *History and Identity* y conocer su trayectoria intelectual en: https://en.wikipedia.org/wiki/Stefan_Berger (consulta 1 marzo, 2023). La revista *Historiografías*, no obstante, ya ha atendido a este autor, y en particular a la obra que publicó con Christoph Conrad: *The Past as History. National Identity and Historical Consciousness in Modern Europe* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2015) reseñada por el profesor Miguel Ángel Sanz Loroño: *Historiografías*, 18 (Julio-diciembre, 2019): 122-126.

³ Hervé Coutau-Bégarie, *Le phénomène ‘nouvelle histoire’: strategie et idéologie des nouveaux historiens* (París: Economica, 1983), 285 y 289 y ss., y François Dosse, *L’histoire en miettes: des ‘Annales’ à la ‘nouvelle histoire’* (París: La Découverte, 1987), 176.

de 1970 para acá— se han extendido a un ámbito global, entrelazado y diversificado de tal manera que el estudioso o la estudiosa de las nuevas historias, más que tropezarse con deslindes claros e influencias diáfanas y bien jerarquizadas, lo que descubre es una abigarrada mezcla de préstamos de disciplinas vecinas y de obras señeras, convenientemente reinterpretados, así como de criterios teóricos, perspectivas, metodologías y nuevos temas basados un vasto mosaico de intereses políticos y culturales. Desde luego el autor de *History and Identity* ha sabido resolver este aspecto de manera bastante convincente gracias a un envidiable conocimiento de la bibliografía, incluida la más reciente —la publicada en inglés sobre todo—, y a una paciente elaboración de capítulos.⁴

A lo largo de los capítulos dos al once el lector hallará una cuidada y densa panorámica de los mencionados cambios, ilustrada con numerosos ejemplos, representados por nueve grandes campos y sub-campos;⁵ pero enseguida reparará en que la mayoría de ellos son interdependientes o están conectados entre sí de algún modo. La influencia de los estudios postcoloniales, tocados a su vez por la nueva historia cultural (pp. 88-91) y la llamada “antropología histórica” (p. 136), la detectará en la nueva historia política (pp. 44-45), algunas obras de la nueva historia obrera (p. 74), la historia de la cultura visual (p. 215), ciertas historias de los conceptos (pp. 199-200), y en la historia de la cultura material (p. 250). Por su parte, la historia de las mujeres y del género la verá presente en numerosos ámbitos que van desde la historia de la sexualidad a la historia de la guerra, pasando por la historia de los nacionalismos y la historia de las ciencias (pp. 110-118). Y sobre las historias transnacionales y globales observará cómo alcanzan a terrenos tales como la nueva historia política (pp. 52-54), la historia de la memoria (pp. 156-159), y las historias obreras y de género (pp. 274 y 276-277). En la historia de la religión igualmente hallará un espacio que se ha visto influido por varias nuevas historias (pp. 51-52, 196-197, 228-229). Una anchurosa cohorte de corrientes, en suma, en la que nuestro autor solo parece haber dejado

⁴ La mención de antecedentes en algunos de estos títulos convence, en cambio, menos. Las referencias a historias políticas “al servicio de identidades nacionalistas” no son en ocasiones muy afortunadas. Renzo De Felice es citado, por ejemplo, como un rehabilitador del fascismo italiano (p. 40), cuando en realidad sus estudios sobre el tema han jugado un papel pionero a la hora de renovar su investigación y liberarlo del llamado “paradigma antifascista”, una visión “esencialista” y heroica aceptada durante décadas por muchos historiadores del país transalpino (véase Niccolò Zapponi, “Fascism in Italian Historiography, 1986-1993”, *Journal of Contemporary History*, vol. 29 [1994]: 547-568). Las alusiones a los orígenes de las historias económicas y sociales (p. 60) tampoco son muy convincentes. Es dudoso, por ejemplo, que el surgimiento de la historia económica y social en el siglo XIX proceda solo de reivindicaciones e ideas liberal-democráticas. La influencia de la llamada “historia interna” de origen ilustrado y liberal, que abarcaba desde la economía y las instituciones sociales hasta la literatura y el arte, fue muy notable en las principales *historias nacionales* publicadas por aquel entonces (Thomas B. Macaulay, en su *History of England*, dedica por ejemplo un largo capítulo a la economía, las clases sociales y la cultura del siglo XVII). De hecho, las historias sobre la clase obrera no necesariamente se comienzan a escribir como forma de identidad del movimiento obrero (aunque esto sí ocurre en los años de la Segunda Internacional). También proceden de análisis económicos ampliados al examen de la condición de las “clases trabajadoras” y emparentados en algunos casos con el concepto de historia de la civilización. Ejemplos tempranos los tenemos en Francia con las obras de Émile Levasseur, en el Reino Unido con Arnold Toynbee y Thorold Rogers, y en España con Fernando Garrido y Tortosa.

⁵ Estas “nuevas historias” son las siguientes: la nueva historia política (cap. 2), la nueva historia económica, social y del trabajo (cap. 3), la nueva historia cultural (cap. 4), la historia de las mujeres y del género (cap. 5), la antropología histórica (cap. 6), la historia de la memoria (cap. 7), la historia de los conceptos (cap. 8), la historia visual (cap. 9), la historia de la cultura material (cap. 10) y la historia transnacional, comparativa y global (cap. 11).

deliberadamente fuera a la “historia medio-ambiental” (p. 247). El mosaico refleja también, por qué no decirlo, una de las características –carencia en nuestra opinión– de las actuales tendencias a la historia transnacional y global, consistente en el predominio aplastante de la historiografía de hechura anglo-norteamericana y lengua o versión inglesa que, como ha advertido un especialista, “tiene el poder para marginar otras lenguas y tradiciones historiográficas”.⁶

Pero considerar *History and Identity* como una mera síntesis o defensa de las nuevas historias no haría justicia al libro. En realidad, la obra toma a tales corrientes como un terreno de experimentación con el que defender una interesante hipótesis. Esta hipótesis se podría formular como sigue: la mayoría de las nuevas historias representan a identidades y colectivos extraordinariamente variados (de clase, raza, género, religión, regionales, transnacionales, etc.), que se extienden por todo el orbe; y, sin embargo, todas ellas vienen dotadas de un componente “constructivista” y estudioso del relato que les permite huir de reivindicaciones y discursos “esencialistas”,⁷ “grandes narrativas” y enfoques eurocéntricos (p. 30).⁸ El origen de ese componente intelectual procede –continúa Berger– de una pléyade de teóricos que en las últimas décadas han puesto patas arriba –permítasenos el coloquialismo– la teoría del conocimiento y ayudado con ello a los historiadores a hacer de los lazos entre tales identidades y la escritura de la historia algo incierto, problemático, donde nada se da por inamovible y todo está sujeto a un flujo continuo. La consecuencia que el autor extrae es que las nuevas historias se caracterizan por su capacidad para “descentrar”, “deconstruir” y hacer cuestionables las esencias, y por lo tanto “historizar las identidades”. De ello se obtendría, naturalmente, una historiografía mucho auto-reflexiva que la que predominó hasta la década de 1960 (pp. 46, 105, 135 y *passim.*). Pero tal tendencia –concluye el autor– no debe verse como la ilustración de ningún “progresismo Whiggist” que haya convertido esa introspección en una suerte de vía ineludible o ley de hierro de la profesión histórica (p. 300).

Efectivamente –en esto insiste Berger desde el principio–, las identidades son un componente del tejido político, social y cultural, y como tales guardan una estrecha relación con los relatos o las representaciones del pasado (pp. 17-18). Como escribió el filósofo germano Hermann Lübbe, “la representación de identidad propia y ajena es una función de nuestra historia, a través de la cual, al modificarla, obtenemos nuestra propia identidad”.⁹ Sobre esta premisa –no es ocioso recordarlo– es como se viene edificando la investigación histórica, con su capacidad para discriminar unos fenómenos de otros. Esta capacidad es justamente la que permite relativizar u observar la posición que ocupan esas esencias e identidades y sus narrativas.

⁶ Sebastian Conrad, *Historia global. Una nueva visión para el mundo actual* (Barcelona: Crítica-Planeta, 2017), 197.

⁷ Los términos “constructivism” y “esencialism” que el autor maneja con frecuencia, debemos colocarlos entre comillas al españolizarlos, pues en nuestro idioma o no tienen un claro correlato o no significan lo mismo.

⁸ En esta página el autor deberá corregir, para posteriores ediciones del libro, la expresión “racial historisation” y sustituirla por “radical historisation”.

⁹ Hermann Lübbe, “La función de representación de identidad en la historia”, en *Filosofía práctica y teoría de la historia* (Barcelona: Alfa, 1983), 129.

Esta es la razón por la que la tesis del libro antes expuesta presente una coherencia con la que en principio es difícil mostrarse en desacuerdo. Berger ha dedicado el primer capítulo (pp. 10-28) precisamente a exponer de manera didáctica y accesible los planteamientos de una selección de conocidos teóricos cuya obra ha resultado innovadora en varios campos de las humanidades y las ciencias, tales como la epistemología histórica, la sociología, la lingüística y el psicoanálisis. El catálogo incluye a autores como Michel Foucault, con sus estudios sobre el poder y los “regímenes de conocimiento”, “epistemes” y “discursos”, Hayden White, con sus propuestas sobre la narración histórica, Pierre Bourdieu, con la teoría del “hábitus”, Mikhail Bakhtin conocido por sus planteamientos sobre la “polifonía” y las influencias entre el pasado y el presente; y Jacques Derrida con su teoría sobre la “deconstrucción” y los “términos relevantes”. Como dice el autor, estos estudiosos no tienen muchas características en común, por lo que no es correcto subsumirlos bajo la ambigua etiqueta de “postmodernistas”, que debe destinarse –añadimos nosotros– solo a quienes han formulado expresamente una teoría sobre las lógicas y los procesos de la cultura contemporánea y la caracterizan con tal adjetivo. Pero sí es cierto que dichos autores, y otros que en el capítulo aparecen mencionados de manera más fugaz, han puesto el acento en elementos específicos que juegan un papel notable en esa cultura y en las humanidades de hoy en día, como hace el caso del lenguaje, el relato, la comunicación, la identidad, el poder y los usos de la historia. A juicio del autor, como ha quedado antes indicado, el “constructivismo” de las nuevas historias, su capacidad para apreciar las identidades y los relatos como fenómenos posicionales, procede justamente de la influencia de estos teóricos.¹⁰

Este acento en la influencia efectiva que la teoría de la historia viene ejerciendo sobre la historiografía es de hecho un tema innovador poco frecuente entre los estudiosos de la llamada “historical theory”, quienes desafortunadamente suelen mostrarse bastante parcos en el recurso a los estudios históricos específicos y en la atención a las sinuosidades que presenta la historia de la historiografía.¹¹ Ciertamente es que nuestro autor se muestra realista y aclara que los historiadores aprovechan la teoría de modo bastante dispar (p. 28). Y se tiene que estar de acuerdo en que los actuales estudios históricos son hoy más autorreflexivos de lo que eran hace cincuenta o sesenta años (*supra.*), y en que este hecho es en general positivo; aunque tampoco esto debería aceptarse sin discusión, dado que el oficio historiográfico se caracteriza por encima de todo por un pragmatismo tanto teórico como metodológico, esto es, por el uso a conveniencia de métodos, conceptos y teorías.¹²

Ahora bien, la ecuación: diversificación de identidades-teorías “constructivistas”-nuevas historias, también tiene puntos débiles y plantea incógnitas sustanciales. La más obvia de estas es la de cómo alejarse del peligro de relativismo –agnosticismo incluso– que presenta

¹⁰ A lo largo de los capítulos el autor se ha esforzado en subrayar esa influencia, sobre todo la de Michel Foucault, que ilustra con ejemplos tomados de los estudios post-coloniales (p. 44) y de género (pp. 111-112), de la antropología histórica (pp. 137-138), de la historia visual (pp. 207-225) y de la historia de la cultura material (pp. 239-240); un autor cuya presencia en ciertos sectores de la academia anglo-norteamericana todavía hoy parece inextinguible.

¹¹ Lo hemos subrayado en las presentaciones de los números 13 (enero-junio, 2017), y 14 (julio-diciembre, 2017) de *Historiografías, revista de historia y teoría*.

¹² Como acertó a señalar Gérard Noiriel, quien ya en la década de 1990 detectaba en la teoría histórica un aire de superioridad y una tendencia a simplificar los resultados de los estudios históricos: *Sur la ‘crise’ de l’histoire* (París: Belin, 1996), 100-121.

dicha fórmula; puesto que, por mucho que la “historical theory” y las nuevas historias sean rápidas en conjeturar sobre los cambios y las identidades político-culturales y sus relatos, no hay ciencia sin conceptos generalizadores y estándares universales. El propio autor es consciente de ello. De ahí su defensa de las propuestas del conocido teórico de la historia y compatriota suyo, Jörn Rüsen, y de la especialista en psicoanálisis, la norteamericana Jessica Benjamin, ambos coincidentes en la necesidad de compensar la representación de identidades con ideales universalistas o cosmopolitas procedentes de tradiciones filosóficas clásicas (pp. 10-12).

Esta proposición conciliadora, a la que debemos dar la bienvenida, no evita sin embargo ciertas grietas. Podemos estar de acuerdo en que en la actual “batalla cultural” los radicalismos de derecha tienden a decantarse hacia el esencialismo y los de izquierda hacia el “constructivismo” (p. 103), pero es mucho más difícil sostener que gracias a este último componente las nuevas historias estén hoy “más dispuestas a aceptar las narrativas rivales” que otras corrientes más veteranas o tradicionales (p. 27). Si se admite, siguiendo a la conocida historiadora Anne Applebaum, que en la última década uno de los ingredientes que han alimentado el populismo de derechas es la alergia a diversidad y a la complejidad,¹³ también se debe aceptar que, en un similar tracto de tiempo, el populismo de izquierdas, que parece reivindicar la postura contraria y se presenta como el heredero de los defensores de las identidades olvidadas y de “los pueblos sin historia”, ha llevado tales reivindicaciones hasta posturas completamente alejadas de las propuestas de sus antecesores, los movimientos de los años 1960 y 1970. Semejante mutación significa que el “esencialismo”, y los relatos políticos que en su momento legitimaron a aquellas identidades, se han cargado de nuevos componentes ideológicos. Estos, a modo de argamasa, están conduciendo, paradójicamente, a las representaciones de lo identitario hasta tal grado de petrificación, que, de seguir influyéndolas –sobre todo a las más ligadas a la defensa de colectivos–, pueden acabar arruinando irremediabilmente su propia coherencia científica.

El más importante y transversal de estos, digamos, coagulantes es la llamada “ideología woke” procedente de las universidades norteamericanas, una tendencia profundamente identitaria y deudora de una forma bastante restrictiva, inquisitorial incluso, de concebir la libertad de expresión, que cada vez se sustenta con mayor vehemencia en lo que da en llamarse “la cultura de la cancelación”.¹⁴ Según esa ideología solo la pertenencia a un grupo depositario de una determinada identidad autoriza a participar o tomar iniciativas en él –como, por ejemplo, realizar un estudio o colaborar en un debate–. El diagnóstico que hizo en la década de 1980 el historiador Peter Novick, al ilustrar ciertas corrientes en los Estados Unidos, de que “cada grupo es su propio historiador”,¹⁵ hoy se ve confirmado y agrandado

¹³ Anne Applebaum, *El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo* (Barcelona: Debate, 2001), 49, 106, 114.

¹⁴ No es difícil observar que el término “woke”, como tantos otros que circulan entre la opinión pública, tiene una ambigüedad notable, pero su salto a estos ámbitos parece ir de la mano del reciente auge y actitud impostada de algunos fenómenos identitarios. Un rápido repaso por sus ambigüedades y polisemia puede verse en Héctor García Barnés, “En busca del ‘woke’ más ‘woke’ de España, al que todos odian pero nadie sabe quién es”, *El Confidencial*, 20 de diciembre de 2022, y en Constanza Rizzacasa d’ Orsogna, *La cultura de la cancelación en los Estados Unidos* (Madrid: Alianza, 2023), 299-319.

¹⁵ Peter Novick, *That Noble Dream. The ‘Objectivity Question’ and the American Historical Profession* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), 512 (el título del capítulo también se denomina de este modo).

por dominios “woke” decididamente transnacionales y antes impensables, tales como los llamados “White Studies”, quienes ya gozan del aval de la academia en el mundo anglo-norteamericano. Estos últimos llegan a asegurar, por ejemplo, que “la blanquitud” (“whiteness”) es un discurso del poder, que el antirracismo de la población blanca es realidad una forma de “racismo inconsciente”, y que el concepto de verdad es “un constructo occidental”,¹⁶ un razonamiento que revela la deriva de un post-estructuralismo que difícilmente pudieron imaginar los primeros post-estructuralistas.

Sin embargo, no seríamos ecuanímenes si no indicásemos que el autor de *History and Identity* también ha reparado en el problema que supone cerrar las identidades sobre sí mismas. Lo hace brevemente y se limita a atribuirlo –dice– a “una mirada que recuerda mucho la convicción de los historiadores nacionalistas del siglo XIX” de que la historia de sus respectivas naciones solo podía ser escrita por autores oriundos esa nación particular (pp. 101-102). Nosotros no estamos tan seguros de que esto sea una reminiscencia de ninguna clase de historiografía anterior porque, salvo nacionalismos extremos, la historiografía viene reivindicando desde el siglo XIX una metodología –lo que los historiadores franceses de entonces llamaron “la méthode historique”– que se pretende pragmática y de alcance general. El “nacionalismo metodológico”, que el autor atribuye a la historiografía de ese siglo y primeras décadas del siguiente (p. 3) y que en realidad está basado en una ideología liberal y/o conservadora, solo se puede entender en profundidad si se observa que el oficio historiográfico se extiende por aquel entonces marginando una serie de dominios tales como las llamadas “retórica política”, “historia literaria”, “filosofía de la historia” e “historia de partido”,¹⁷ lo que equivale a decir que surge delimitándose a sí mismo y adoptando un pragmatismo heurístico que en principio no se veía incompatible con la defensa de relatos nacionales.

Naturalmente, el autor ha tenido cuidado en advertir que su hipótesis sobre las nuevas historias y la “deconstrucción” de identidades no supone negar la importancia del Estado-nación (pp. 280-281). Sin embargo, sorprende que su crítica al “esencialismo” carezca de distinciones y/o gradaciones. Es evidente que la reivindicación contemporánea de identidades depende de las ideologías y el nacionalismo nunca ha sido un fenómeno monolítico. Pero el autor tiende a asociar las identidades nacionales con las convicciones políticas del siglo XIX y las ideologías de extrema derecha del siglo XX, y para períodos recientes, con el nacionalismo de movimientos, personalidades y partidos populistas de la derecha conservadora y/o la radical (pp. 40-41). Y, sin embargo, la reclamación nacional ha sido fundamental en los países del Tercer Mundo en el período de la descolonización –uno de los componentes de los estudios postcoloniales es, precisamente, este–; y además viene constituyendo una característica de la ideología de los partidos de centro-derecha y de centro-izquierda en Occidente. Quizá por esta razón, y contra lo que sostiene el autor, la profesora Aleida Assmann no se equivocaba en absoluto cuando en 2019 decía que la izquierda debería

¹⁶ Douglas Murray, *La masa enfurecida. Cómo las políticas de identidad llevaron al mundo a la locura* (Barcelona: Eds. 62, 2022), 169-187.

¹⁷ Georg G. Iggers, James M. Powell (eds.), *Leopold von Ranke, and the Shaping of the Historical Discipline* (Syracuse, New York: Syracuse University Press, 1990), 65-66; Fritz Stern (ed.), *The Varieties of History. From Voltaire to the Present* (London, Basingstoke: MacMillan, 1970), 171-177, y William R. Keylor, *Academy and Community: The Foundation of the French Historical Profession* (Cambridge [Mass.]: Harvard University Press, 1975), 80-81, 94-96.

“redescubrir” la memoria nacional, esto es, la memoria del Estado-nación (p. 173). Al menos debería hacerlo cierta izquierda –opinamos nosotros– hoy influida por las ideologías populistas, que desvía la mirada o incluso aplaude ante el fenómeno de la destrucción de efigies y estatuas de personajes que vivieron hace varios siglos, tachados con epítetos tales como “racista”, “imperialista”, “heteropatriarcal” e incluso “fascista”, otra manifestación de la antes mencionada “cultura de la cancelación”. Porque este desprecio hacia lo histórico, o representación de un presente sin raíces, va en contra de las principales tradiciones de la izquierda occidental al menos desde los años de la segunda posguerra. En España, donde hace cuarenta y cinco años se produjo la transición del franquismo a la democracia, desde las décadas de 1980 y 1990 para acá la izquierda ha ido aceptando paulatinamente una concepción histórica de la nación española que tiene numerosos antecedentes pero que fondea especialmente en las controversias sobre el llamado “el problema de España” que políticos e intelectuales “regeneracionistas” mantuvieron a finales del siglo XIX.¹⁸

Terminamos este comentario bibliográfico recomendando la lectura de *History and Identity*. En esta obra el lector hallará un estudio documentado y sugestivo que le hará ver cómo el fenómeno de las nuevas historias ha crecido exponencialmente en las últimas décadas, siguiendo la senda de lo transnacional y global, y deducir de ello que debe continuar abierto a la discusión. Como manifestación de dispersión o de “histoire en miettes” –según la feliz expresión que François Dosse hizo famosa–, la tendencia a las nuevas historias no entrañaría ningún problema como tal porque, como ha quedado dicho, el oficio historiográfico incluye un fuerte componente de pragmática; esto es, lo que por encima de todo le interesa es arrojar luz, complejidad y nuevos interrogantes sobre el estudio del pasado y el presente. Ahora bien, en el terreno de la teoría y de las políticas de la historia, el pragmatismo no puede considerarse un rasgo suficiente. Y la razón es bastante simple: para hacer compatibles teoría y política, o filosofía e identidades, lejos de dejarse llevar por una neutralidad “weberiana” que se limitase a considerar la historiografía como un mero examen de las identidades, sus políticas y cambios, y las teorías que la han querido racionalizar, es necesario ir más allá. Se requiere hallar un punto de acuerdo entre unas y otras –las identidades, la historiografía y la teoría– en el que se den ciertas condiciones favorables para la investigación y la ética a ella inherente. Ese acuerdo debe incluir ingredientes tales como el conocimiento profundo de las tradiciones historiográficas, garantías para la libertad de expresión y el debate, la tolerancia, así como una concepción firme de la moral política e científica respaldada por ideales universalistas. Parafraseando al profesor Antoon De Baets, la democracia, crea las mejores condiciones para la escritura y la enseñanza de la historia, pero paradójicamente también hace aumentar la posibilidad de que ocurran abusos.¹⁹

Gonzalo Pasamar
Universidad de Zaragoza (España)
gpasamar@unizar.es
ORCID ID: 000-0003-2661-4572

¹⁸ Entre otros estudios, véase Julia Quaggio, “1992. La modernidad del pasado. El PSOE en busca de una idea regenerada de España”, *Historia y Política*, 35 (enero-julio 2016): 95-122.

¹⁹ Antoon De Baets, *Responsible History* (London: Berghahn Books, 2009), 46-48.

Fecha de recepción: 24 de marzo de 2023

Fecha de aceptación: 27 de marzo de 2023

Publicación: 30 de junio de 2023

Para citar este artículo: Gonzalo Pasamar, “Hablando de identidades, narrativas y nuevas historias. Reseña de Stefan Berger, *History and Identity. How Historical Theory Shapes Historical Practice*. Cambridge: Cambridge University Press, 2022, 492 págs.”, *Historiografías*, 25 (enero-junio, 2023), pp. 176-183.